

# La peregrinación jacobea de cara al siglo XXI<sup>1</sup>

Segundo L. Pérez López

Profesor del Instituto Teológico Compostelano  
Presidente de la Academia Auriense-Míndoniense  
de San Rosendo

## Introducción

«Se busca a Dios para encontrarlo con mayor dulzura, se le encuentra para buscarlo con mayor ardor»<sup>2</sup>. «Ante ti somos emigrantes y extranjeros, igual que nuestros padres»<sup>3</sup>. Las palabras del rey David en presencia del Señor trazan el perfil humano, no sólo del hombre bíblico, sino de toda persona. El «camino» es símbolo de la existencia que se expresa en una múltiple gama de acciones como la partida y el regreso, la entrada y la salida, la subida y la bajada, el camino y el descanso. Esta verdad siempre nueva la expresó con radicalidad un autor de nuestro tiempo: «Por la gracia de Dios soy hombre y cristiano; por mis hechos, un gran pecador; por mi condición, un peregrino sin techo, muy pobre, que va errando de lugar en lugar. Mis bienes, un hatillo al hombro con un poco de pan seco y una sagrada Biblia que llevo bajo la camisa. No tengo nada más»<sup>4</sup>.

Probablemente estas pueden ser las imágenes de cualquier hombre o mujer de nuestro tiempo, que anda a la procura de una respuesta sobre sí mismo. La búsqueda y la salida a los caminos y avatares, de tantas existencias atormentadas, nos lleva a la pregunta radical acerca de lo que aporta el cristianismo en el concierto de las diversas antropologías que se debaten por el dominio de las conciencias. ¿Acaso ligeros de equipaje, y con la Palabra de Dios en la mano, no tendremos suficiente para que cada persona encuentre la vocación a que ha sido llamada?

La palabra de Dios y la Eucaristía nos acompañan en esta peregrinación hacia la Jerusalén celeste, de la que la vida humana es signo vivo y visible. Cuando la

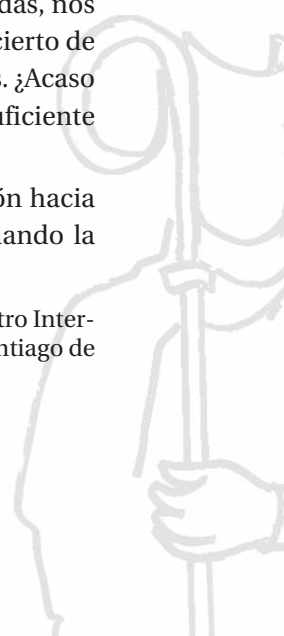
---

<sup>1</sup> Este artículo tiene como base el texto de la conferencia pronunciada en el Encuentro Interdiocesano de la Delegaciones Diocesanas de Juventud de Galicia, celebrado en Santiago de Compostela el día 4 de noviembre de 2009.

<sup>2</sup> San Agustín, *De Trinitate* 15, 2, 2: CCL 50, 461; PL 42, 1.058.

<sup>3</sup> 1 Cro 29, 15

<sup>4</sup> Anónimo, *El peregrino ruso*, c. I.



hayamos alcanzado se abrirán las puertas del Reino, abandonaremos nuestro sayal de viaje y el bordón de peregrinos, y entraremos en nuestra casa definitiva «para estar siempre con el Señor»<sup>5</sup>. Él estará en medio de nosotros «como quien sirve»<sup>6</sup>, y cenará con nosotros y nosotros con él<sup>7</sup>.

Todos los cristianos somos invitados a tomar parte en esta gran peregrinación que Cristo, la Iglesia y la humanidad han recorrido y deben continuar recorriendo en la historia. La meta hacia la cual se dirige debe convertirse en «la tienda del encuentro», como la Biblia denomina al tabernáculo de la alianza<sup>8</sup>. Es allí, en efecto, donde tiene lugar un encuentro fundamental que revela dimensiones diversas y se ofrece bajo aspectos diferentes. Basándonos en ellos podemos diseñar el sentido antropológico de la peregrinación.

Para el cristiano, la peregrinación, vivida como celebración de su fe, es una manifestación cultural que debe cumplir con fidelidad a la tradición, con profundo sentido religioso y como vivencia de su existencia pascual<sup>9</sup>.

La dinámica propia de la peregrinación señala claramente unas etapas que el peregrino recorre como paradigma de toda su vida personal y de fe: la partida pone de manifiesto su decisión de avanzar hacia la meta y alcanzar los objetivos espirituales de su vocación bautismal; el camino lo lleva a la solidaridad con sus hermanos y a la preparación necesaria para el encuentro con su Señor; la visita al lugar santo lo invita a la escucha de la palabra de Dios y a la celebración sacramental; el retorno, en fin, le recuerda su misión en el mundo, como testigo de la salvación y constructor de la paz.

El hombre, que en virtud de su conciencia no puede evitar la pregunta por su origen y destino, percibe el camino de la vida con esperanza y temor, con serenidad e incertidumbres, con riesgos y seguridad. A la vida humana le es inherente un cierto dramatismo. Emprender el camino significa romper con lo conocido y lanzarse a lo arduo e incierto, confiarse al futuro del itinerario y de la meta. Conciencia y libertad encarecen el precio de la peregrinación humana. ¿Cómo no identificar este hecho con uno de los mayores retos para hacer presente el Evangelio en nuestra cultura occidental? La propuesta cristiana se ve interpelada por ofertas de diverso signo, tanto culturales como en forma de propuestas religiosas de diverso matiz<sup>10</sup>.

---

<sup>5</sup> 1 Ts 4, 17.

<sup>6</sup> Lc 22, 27.

<sup>7</sup> Cf., Ap 3, 20.

<sup>8</sup> Cf., Ex 27, 21; 29, 4.10-11.30.32.42.44.

<sup>9</sup> Cf., Congregación para el Culto Divino y la Disciplina de los Sacramentos, «Orientaciones y propuestas para la celebración del Año mariano» (3 abril de 1987) en *Notitiae* 23, 1987, pp. 342-396.

<sup>10</sup> J. M. Mardones, *Las nuevas formas de religión*, Estella 1994; para conocer las propuestas de diversos grupos, con su impacto social correspondiente en nuestro tiempo, vid., ...

Como la vida del hombre es única y está «abierta al futuro», según expresión de la filosofía, es inevitable salir personalmente cada uno al «camino». La vida no puede detenerse en su devenir ni asegurarse en lo conocido. Ya que el hombre libre no cesa de proyectarse hacia adelante, el riesgo y la confianza, la esperanza o el temor, habitarán su espíritu.

Nos toca vivir un período histórico donde las decisiones que comprometen de por vida, los relatos históricos de gran alcance o el encuentro con la realidad profunda del ser humano, llevan a apurar el momento presente como espacio estético o de disfrute al precio que sea. Por esto parece que escasea actualmente entre nosotros la serenidad confiada para salir al «camino», para «embarcarse» vitalmente, para asumir en el dinamismo de la vocación un compromiso definitivo<sup>11</sup>. Deben ser estudiadas las causas, ya que la vida humana es esencialmente “apertura” y “vocación” a la realización suprema de lo más íntimo de la persona, santuario íntimo donde resonará siempre la voz de Dios. ¿No es este, acaso, uno de los retos más serios humana y pastoralmente en el milenio que acabamos de empezar?

Si la primera representación pictórica realizada por el hombre son las huellas de los pies de un caminante, es un hecho que nos hace pensar que la criatura que emprende un camino encierra un valor singular; que el hombre es, por su propia naturaleza, aquel que nace, recorre una historia –un camino- para llegar a la meta, para alcanzar su fin; el *homo viator* –el que camina, no el que se traslada- es uno de los símbolos que mejor expresan la existencia humana.

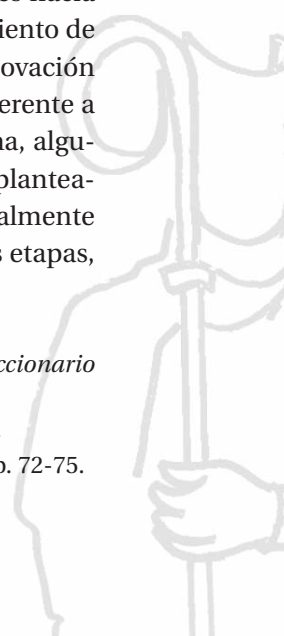
Una autora de nuestros días escribe un artículo que titula *Elogio del nómada*<sup>12</sup>, en donde describe varias formas de entender la existencia nómada versus existencia sedentaria. El hombre busca el movimiento y el sedentarismo no sería más que una forma de violentar nuestra naturaleza. Por eso el acto de viajar, sobre todo a pie, contribuiría al bienestar físico y mental. Aquí habría que entroncar con lo religioso, que sería la forma de vida del nómada. El viaje en sí, las migraciones hacia los pastos, son el ritual. La plegaria es el levantamiento y nuevo establecimiento de las tiendas simbolizando el eterno retorno de la vida. Sería en esta renovación donde el hombre encontraría la respuesta a la angustia, esa inquietud inherente a lo humano que el sedentarismo es incapaz de colmar. De una u otra forma, algunos hombres y mujeres de nuestro tiempo estarían de acuerdo con este planteamiento. Para un cristiano esta concepción del tiempo y de la vida está totalmente superada. El tiempo es lineal en el que hay caminante y meta con diversas etapas, que nosotros llamamos historia de la salvación.

---

... J. Bosch, *Las sectas*, Estella 1996, o el valioso trabajo de M. Guerra Gómez, *Diccionario enciclopédico de las sectas*, Madrid 1998.

<sup>11</sup> Cf., J. M. Mardones, *El desafío de la modernidad al cristianismo*, Santander 1998.

<sup>12</sup> M. Belmonte, “Elogio del nómada”, en *Claves de Razón Práctica* 81, abril 1998, pp. 72-75.



Todos los cristianos están invitados a tomar parte en esa gran peregrinación que Cristo, la Iglesia y la humanidad han recorrido y deben seguir recorriendo en la historia. La Meta hacia la cual se dirigen debe convertirse en “la tienda del encuentro”, como la Biblia denomina al tabernáculo de la alianza<sup>13</sup>.

Todas las religiones descubrieron “caminos” de peregrinación, aunque no todos tienen la misma importancia, significado e interpretación, pero todos son símbolo de la llamada del hombre al más allá<sup>14</sup>. Peregrino fue el patriarca Abrahán para seguir la llamada de su creador; peregrino fue el pueblo de Israel para alcanzar la Tierra Prometida; peregrino fue Jesucristo que sale del Padre para encontrarse con nosotros en la carne humana y, en su existencia terrena, recorre los caminos de su tierra, sube –como peregrino- a la ciudad santa de Jerusalén para manifestarnos la gloria del Padre, y revelarnos quién es Dios para el hombre y lo que el hombre es para Dios. Es peregrino el que, escuchando y siguiendo una llamada, recorre el “camino” para alcanzar la meta del encuentro con Dios. Aunque el peregrino busca un encuentro con Dios, en su camino se produce un triple encuentro: en primer lugar, consigo mismo, un viaje interior que no es fácil ni está exento de dificultades; en segundo lugar, se encuentra también con el otro, con el hermano que peregrina a su lado o con aquel se cruza en su camino y con el que comparte un mismo espíritu; y, finalmente, se encuentra con Dios, razón última por la que merecen la pena todos los sacrificios del camino<sup>15</sup>.

El peregrino que avanza en el “camino” ensancha su corazón. El peregrino sabe que abandonando tierra y haberes se encuentra consigo mismo y, sobre todo, halla en la Meta la memoria del testimonio de Aquel que puede iluminar y cambiar su vida. En el “camino” se hace uno peregrino cuando siente el gozo del abandono de lo innecesario para vivir, experimentando que nada importa el tener sino el ser.

La peregrinación a la Tumba del Apóstol Santiago, al igual que a otros lugares santos, quiere ser la respuesta a las grandes preguntas del corazón humano: el encuentro con uno mismo y con Dios<sup>16</sup>. San Agustín, con acierto, comparó –al igual que otros muchos- la vida humana a una peregrinación. La criatura humana es por naturaleza “*homo viator*”, peregrino. El peregrino no es un viajero sin fe y sin

<sup>13</sup> Pontificio Consejo para la Pastoral de los Emigrantes e Itinerantes, *La peregrinación en el Gran Jubileo del año 2000* (11.4.1998), 32; el texto remite a Ex 27,21; 29,4.10-11.30.32.42.44.

<sup>14</sup> Podemos ver una reciente y sugerente propuesta en F. Singul Lorenzo, “Los caminos de peregrinación de Kumano y Santiago: semejanzas, coincidencias, mentalidad y cultura”, en *Rudesindus: miscelánea de arte e cultura*, 3, 2008, pp. 223-230.

<sup>15</sup> M. Agís Villaverde, “Antropología de la Peregrinación ¿Quiénes son los Peregrinos?” XI Encuentro de Santuarios de España, Conferencia Episcopal Española.

<sup>16</sup> Cf., J. J. Cebrián Franco, “La peregrinación a Santiago, fenómeno religioso en el umbral del tercer milenio”, en *Santiago Apóstol desde la Memoria*, Santiago 2004, en donde podemos encontrar otras colaboraciones que abundan en el mismo tema.

esperanza; el peregrino se dispone al camino para escuchar a aquellos que le muestran quien es el Camino, la Verdad y la Vida. Dante escribe que sólo era peregrino el que iba o venía a Santiago: “La palabra ‘peregrino’ la podemos entender de dos maneras, una amplia y otra estricta; de la amplia, en cuanto es peregrino todo aquel que está fuera de su patria; de la estricta no se entiende por peregrino sino quien va hacia la casa de Santiago o vuelve”<sup>17</sup>.

Peregrinamos a la Tumba del Apóstol para alcanzar la gracia y el perdón de Dios que borran nuestros pecados, expresado tan bellamente en el Año Santo con los términos: “Año de la Gran Perdonanza”; peregrinamos al lugar santo para confesar que la muerte ha sido vencida en la Resurrección, que la cruz resplandece gloriosa en el Señor y en los mártires. Los cristianos antiguos siempre veneran la cruz vacía y luminosa, símbolo de la belleza del Dios crucificado y resucitado para nuestra salvación<sup>18</sup>. Estas propuestas pastorales no son, ciertamente los planteamientos de un gran número de peregrinos; sin embargo, todos acaban reconociendo que la cuestión de Dios se hace patente en un momento u otro de la peregrinación<sup>19</sup> con una fuerte interpelación a erradicar muchos elementos superfluos en la propia vida.

## 2. Peregrinación y Nueva Evangelización

El tema de la peregrinación es uno de los signos de la era presente, de forma especial entre los jóvenes. Así lo ha entendido el Papa Juan Pablo II y ha intentado dar cauces y respuestas pastorales a este nuevo “signo de los tiempos”. “La peregrinación es un anuncio gozoso de la fe. Un camino personal en el que los peregrinos,... se convierten en intrépidos y celosos apóstoles....evitando los peligros de la experiencia gnóstica de preocupantes movimientos pseudo-religiosos y culturales... para anunciar, con renovado vigor, a las nuevas generaciones la Buena Nueva, impregnando con ello la vida personal, familiar y social”<sup>20</sup>.

Santiago de Compostela y su peregrinación son realmente un manantial evangelizador en la coyuntura actual de Europa y en el umbral del tercer milenio. En el libro-entrevista *Cruzando el umbral de la esperanza*<sup>21</sup>, recuerda Juan Pablo II, en el capítulo titulado «El reto de la nueva evangelización»: «En 1989, en Santiago de Compostela, en España, se desarrolló la Jornada Mundial de la Juventud. La respuesta de los jóvenes,

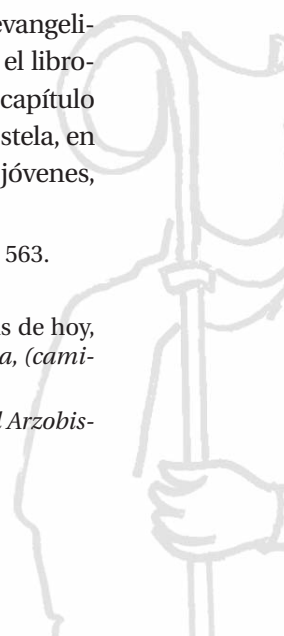
<sup>17</sup> Cf., Dante Alighieri: *Vida nueva*, cap. 40. Obras Completas, BAC, Madrid 1980, p. 563.

<sup>18</sup> Cf., c. M. Martini, *La belleza que salva*, Valencia 1998.

<sup>19</sup> Un elenco bibliográfico, acerca del significado de la peregrinación para personas de hoy, podemos verlo en S. L. Pérez López, *Religiosidad Popular y Peregrinación Jacobea, (caminar con Santiago y Santa María)*, Salamanca 2004, pp. 238 ss.

<sup>20</sup> Juan Pablo II, “Mensaje en el comienzo del Año Santo 2004”, en *Boletín Oficial del Arzobispado de Santiago de Compostela*, 3583, 2004, p. 5.

<sup>21</sup> JUAN PABLO II, *Cruzando el umbral de la esperanza*, Barcelona 1995.



sobre todo de los europeos, fue extraordinariamente calurosa. La antiquísima ruta de las peregrinaciones al santuario de Santiago apóstol vibró nuevamente de vida. Es sabida la importancia que este santuario -y en general las peregrinaciones- tuvo para el cristianismo; en concreto, es conocido su papel en la formación de la identidad cultural de Europa. Pero casi a la vez que este significativo evento, se alzaron voces que decían que el 'sueño de Compostela' pertenecía ya, de modo irrevocable, al pasado, y que la Europa cristiana se había convertido en un fenómeno histórico que había que relegar ya a los archivos. Mueve a reflexión un miedo semejante, frente a la nueva evangelización, por parte de algunos ambientes que dicen representar la opinión pública».

«En el contexto de la nueva evangelización es muy elocuente el actual descubrimiento de los auténticos valores de la llamada religiosidad popular. Hasta hace algún tiempo se hablaba de ellos en un tono bastante despreciativo. Algunas de sus formas de expresión están, por el contrario, viviendo en nuestros tiempos un verdadero renacimiento, por ejemplo, el movimiento de peregrinaciones por rutas antiguas y nuevas. Así, al testimonio inolvidable del encuentro en Santiago de Compostela (1989) se añadió luego la experiencia de Jasna Góra, en Czestochowa (1991). Sobre todo las generaciones jóvenes van encantadas en peregrinación».

«Existe la necesidad de un anuncio evangélico que se haga peregrino junto al hombre, que se ponga en camino con la joven generación. ¿Tal necesidad no es ya en sí misma un síntoma del año 2000, que se está acercando?... El pueblo de la antigua y de la nueva alianza vive en las nuevas generaciones y, al finalizar este siglo XX, tiene la misma conciencia de Abraham, el cual siguió la voz de Dios que lo llamaba a emprender la peregrinación de la fe»<sup>22</sup>.

Juan Pablo II llamaba a asumir, con ardor apostólico y con atrevimiento evangélico, el mandato de Jesús de ser sus testigos en nuestro mundo. Este encargo evangelizador se reaviva junto a la tumba de sus discípulos, de sus apóstoles y de sus mártires.

La predicación de la buena nueva de la salvación reclama un cierto entusiasmo; hablar del evangelio de manera triste y cansina es incoherente. ¿No es una versión actual de la acusación de embriaguez, lanzada contra los apóstoles en Pentecostés<sup>23</sup>, el desacreditar a veces como fundamentalismo la «parresia» apostólica?

---

<sup>22</sup> *Cruzando el umbral de la esperanza*, pp.127s. El papa se refiere a la obra colectiva *Le rêve de Compostelle. Vers une restauration d'une Europe chrétienne?*, Paris 1989. Sospechan los autores que la intención de Juan Pablo II, al convocar a una nueva evangelización, escondía un cierto miedo a la modernidad y la añoranza por volver al modelo medieval de cristiandad. Compostela es símbolo de evangelización en la nueva situación histórica, que deberá encontrar sus formas más adecuadas. Sobre la tradición evangelizadora de Santiago en España, Cf., J. Fernández Alonso, "Giacomo il Maggiore, apostolo, santo", en *Bibliotheca sanctorum VI*, cols. 363ss.

<sup>23</sup> Cf., Hch 2, 13 y 15.

Por su parte, Benedicto XVI, en una conferencia poco antes de ser elegido Papa, hablando del diálogo entre fe cristiana y cultura laica, propone los siguientes retos para incidir evangélicamente en la cultura moderna:

“Lo que más necesitamos en este momento de la historia son hombres que, a través de una fe iluminada y vivida, hagan que Dios sea creíble en este mundo. El testimonio negativo de cristianos que hablaban de Dios y vivían contra Él, ha oscurecido la imagen de Dios y ha abierto la puerta a la incredulidad. Necesitamos hombres que tengan la mirada fija en Dios, aprendiendo ahí la verdadera humanidad.

Necesitamos hombres cuyo intelecto sea iluminado por la luz de Dios y a quienes Dios abra el corazón, de manera que su intelecto pueda hablar al intelecto de los demás y su corazón pueda abrir el corazón de los demás.

Sólo a través de hombres que hayan sido tocados por Dios, Dios puede volver entre los hombres. Necesitamos hombres como Benito de Nursia, quien en un tiempo de disipación y decadencia, penetró en la soledad más profunda logrando, después de todas las purificaciones que tuvo que sufrir, alzarse hasta la luz, regresar y fundar Montecasino, la ciudad sobre el monte que, con tantas ruinas, reunió las fuerzas de las que se formó un mundo nuevo.

De este modo Benito, como Abraham, llegó a ser padre de muchos pueblos. Las recomendaciones a sus monjes presentadas al final de su «Regla» son indicaciones que nos muestran también a nosotros el camino que conduce a lo alto, a salir de la crisis y de los escombros. «Así como hay un mal cielo de amargura que separa de Dios y lleva al infierno, hay también un cielo bueno que separa de los vicios y conduce a Dios y a la vida eterna. Practiquen, pues, los monjes este cielo con la más ardiente caridad, esto es, “adelántense para honrarse unos a otros”; tolérense con suma paciencia sus debilidades, tanto corporales como morales [...] practiquen la caridad fraterna castamente; teman a Dios con amor; [...] y nada absolutamente antepongan a Cristo, el cual nos lleve a todos juntamente a la vida eterna»<sup>24</sup>.

¿No nos suenan como profundamente actuales estas palabras de Benedicto XVI? Su preocupación por una nueva evangelización de Europa está muy presente en su amplísima producción teológica<sup>25</sup>.

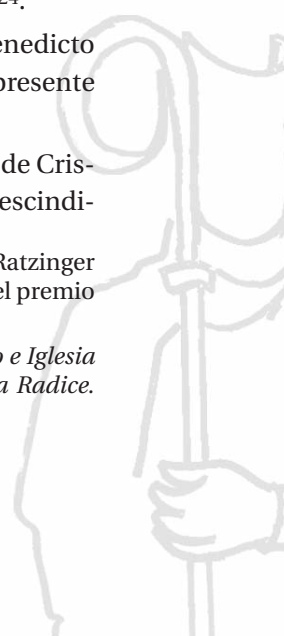
La Iglesia peregrina se hace espontáneamente misionera<sup>26</sup>. El mandato de Cristo resucitado: «Id y enseñad»<sup>27</sup>, pone su énfasis en el «ir», modalidad imprescindible

<sup>24</sup> *Europa en la crisis de las culturas*, conferencia impartida por el cardenal Joseph Ratzinger el 1 de abril de 2005 en Subiaco, en el monasterio de Santa Escolástica, al recibir el premio «San Benito por la promoción de la vida y de la familia en Europa».

<sup>25</sup> Cf., una clarificadora aportación en J. Ratzinger, *La Sal de la Tierra. Cristianismo e Iglesia ante el nuevo milenio* (Madrid 1997); Cf., asimismo. M. Pera-J. Ratzinger, *Senza Radice. Europa. Relativismo. Cristianesimo. Islam*, Milano 2004.

<sup>26</sup> Cf., *Ad gentes*, 2; *Lumen gentium*, 17.

<sup>27</sup> Mt 28, 19.



ble de la evangelización abierta al mundo. Viático y tesoro en este itinerario son la Palabra de Dios<sup>28</sup> y la Eucaristía<sup>29</sup>.

Al trazar una síntesis apasionada del camino de la humanidad, con sus conquistas y sus errores<sup>30</sup>, el concilio Vaticano II presenta a la Iglesia como compañera de viaje de la familia humana, indicando una meta trascendente más allá de la historia terrena<sup>31</sup>. Así, surge un fecundo contrapunto entre peregrinación y compromiso con la historia<sup>32</sup>, y el mundo también está llamado a dar su contribución a la Iglesia, a través de un diálogo vivo e intenso<sup>33</sup>.

La peregrinación a Compostela en el nuevo milenio, lugar de perdón, de catolicidad y de encuentro de los separados, se convierte en cenáculo donde el Espíritu santo se derrama para cantar las alabanzas de Dios y para difundir el evangelio de la paz.

El retorno de los peregrinos es misionero: «El peregrino al retornar a su vida diaria está llamado a comunicar su experiencia del camino y de la meta. El peregrino como verdadero testigo debe transmitir en la familia, en la comunidad cristiana y en la sociedad lo que ha visto y oído»<sup>34</sup>. En su ámbito de vida podrá reconstruir la fraternidad, porque ha experimentado la unidad en el camino y en la meta. Santiago de Compostela ha podido ser vínculo de pueblos, porque la búsqueda de una meta común y el encuentro con el Trascendente los ha fraternizado. Las fuerzas disgregadoras del egoísmo y las particularidades excluyentes flexionaron a favor de una convivencia humana, cultural y social. La luz del Evangelio guía a los cristianos para descubrir en estas manifestaciones de la civilización contemporánea los nuevos areópagos en los que pueden anunciar la salvación, y para reconocer los signos del ansia que conduce los corazones hacia la casa del Padre.

La peregrinación a la tumba de Santiago, a las raíces apostólicas de la fe cristiana, a los fundamentos incommovibles de la vida, orienta en las encrucijadas perso-

---

<sup>28</sup> Cf., *Dei Verbum*, 7.

<sup>29</sup> Cf., *Gaudium et spes*, 38.

<sup>30</sup> Cf., *ib.*, 1-7.

<sup>31</sup> Cf., *ib.*, 3 y 11.

<sup>32</sup> Cf., *ib.*, 43.

<sup>33</sup> Cf., *ib.*, 44.

<sup>34</sup> «*El camino de Santiago*». *Un camino para la peregrinación cristiana*. carta pastoral de los Obispos del Camino de Santiago, n. 59. «Por tanto, hermanos míos, cantemos ahora, no para deleite de nuestro reposo, sino para alivio de nuestro trabajo. Tal como suelen cantar los caminantes: canta, pero camina; consuélate en el trabajo cantando, pero no te entregues a la pereza; canta y camina a la vez. ¿Qué significa «camina»? Adelanta, pero en el bien... en la fe verdadera, en las buenas costumbres canta y camina», san Agustín, «Sermón» 256, 3: *PL* 38, col. 1193. Cf. así mismo la Carta Pastoral de Mons. J. Barrio, *Peregrinos de la fe y testigos del Resucitado*, cit. supra.



nales y colectivas, reaviva la fe y enardece el celo apostólico. La renovación espiritual propiciada por la peregrinación purificadora, la convivencia realmente católica, la proximidad a la memoria viva de un testigo del Señor, la fiesta del perdón celebrada en la casa del Padre... se convierten en impulso evangelizador. Santiago de Compostela es al mismo tiempo meta de peregrinos y punto de partida de nuevas vías misioneras. La memoria cultivada anima la esperanza, ya que las posibilidades del futuro se ensanchan con la actualización del pasado. La hondura de las raíces ayuda a vencer las oscuridades y obstáculos del presente<sup>35</sup>.

### 3. La peregrinación a Santiago y las raíces cristianas de Europa

#### 3.1. Cuestiones previas

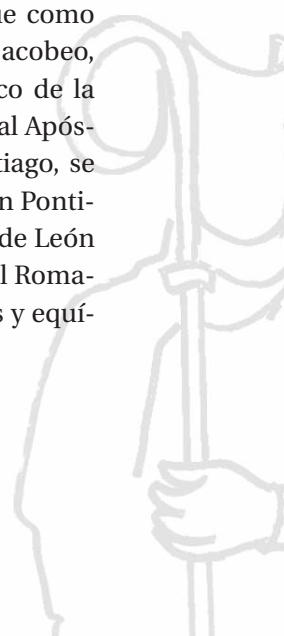
En Santiago de Compostela, se funden recias páginas de la Biblia. El martirio de Santiago con discutidas cuestiones históricas como la predicación del Apóstol; afales narraciones de la *translatio* del cuerpo del Santo de Palestina en el Mediterráneo a Iria Flavia en el Atlántico, frente al mare Britannicum y otras, no menos poéticas, del descubrimiento de la tumba del Santo. Momentos de floreciente vida cristiana y épocas de persecución. Tumba colocada bajo espléndidos arcos de mármol y sepulcro abandonado de los hombres y que, en la leyenda, es custodiado por ángeles.

Sin duda la devoción hispánica a Santiago y el vínculo de las peregrinaciones contribuyen a preservar a España, mientras otras cristiandades de África y Oriente se extinguían o se debilitaban mortalmente. Recientemente, en trabajos de interpretación histórica de España, Américo Castro exalta el influjo de la devoción a Santiago en el modo de ser de los españoles<sup>36</sup>. C. Sánchez Albornoz, que como todos los historiadores reconoce la importancia extraordinaria del culto jacobeo, polemiza con Castro acerca de su sentido<sup>37</sup>. Un ingrediente característico de la tesis de Castro es su explicación dioscúrica del origen del culto hispánico al Apóstol ("equiparado con Jesucristo y la teoría consiguiente de que, por Santiago, se produjo en España el audaz intento de crear un duplicado de la correlación Pontificado-Imperio que había en Europa. La pretensión imperial de los Reyes de León se habría apoyado en una supuesta primacía de Compostela, al margen del Romano Pontífice. Son polémicas suscitadas por afirmaciones muy aventuradas y equí-

<sup>35</sup> Cf., R. Blázquez, *En el umbral del tercer milenio*, Salamanca 1999, pp. 283-303.

<sup>36</sup> *La Realidad Histórica de España*, México, 1954, Cáp. IV.

<sup>37</sup> *España, Un Enigma Histórico*, Buenos Aires 1956, I cáp. V, 3.



vocas; ver en particular, Sánchez Albornoz, en *Cuadernos de Historia de España*<sup>38</sup>. Es evidente que algunos autores prefieren abordar el tema de la peregrinación jacobea desde ámbitos cultural-religiosos no estrictamente confesionales<sup>39</sup>.

### 3.2. El culto al Apóstol ¿anterior al siglo IX? y sus repercusiones

No siendo este aspecto algo fundamental para la finalidad de nuestra reflexión, sin embargo, puede ser útil aportar algunos datos que contextúen adecuadamente el por qué de las repercusiones del fenómeno Jacobeo<sup>40</sup>.

Los datos del culto a las reliquias de Santiago, anteriores al siglo IX, aparecen en documentos no Compostelanos. En la antigüedad el culto a los Santos era local; se restringía normalmente al lugar de la sepultura y, a veces, a algún otro lugar con el que el Santo había tenido contacto físico, por ejemplo, el del martirio o el lugar de su enterramiento. Cuando los devotos visitantes volvían a su patria llevando alguna reliquia (un fragmento óseo, un objeto tocado al cuerpo, un trocito del sepulcro), se multiplicaban los lugares con presencia del Santo; y se erigían iglesias con su nombre allí donde se daba culto a su pequeña reliquia.

Por eso, en la antigüedad y alta Edad Media, el hecho de la difusión de reliquias y de las consiguientes dedicaciones de iglesias a un Santo nos remite hacia un foco, es decir, el lugar donde se visitaba su sepulcro.

Entre los siglos IV y VI los sepulcros de Apóstoles con fama universal, a los que se viajaba y de los que se obtenían reliquias, eran los de Pedro y Pablo en Roma, el de Juan en Éfeso, el de Tomás en Edesa y el de Andrés, primero en Patrás, luego en Bizancio o Constantinopla. La veneración a los Doce Apóstoles en su conjunto se va extendiendo por toda la Iglesia, pero algunos en ciertas regiones carecerán mucho tiempo de iglesias con fiesta litúrgica, por no haber memoria o reliquias de ellos.

Dentro de ese contexto, hay que registrar en los siglos VI-VII y VIII una apreciable difusión de reliquias e iglesias dedicadas a Santiago el Mayor en Inglaterra, Francia, Galicia y el Reino de Asturias. Como era sabido que Santiago había muerto a manos de Herodes en Palestina, parece lógico situar allí su sepultura. Pero, a

<sup>38</sup> Buenos Aires, 1958; De Gaiffier, en *Anal. Bolland.* 80,1962, p. 404-5; K. Ziegler, en *Speculum cambridge*, 31,1956, pp. 146 ss., trad. en *Compostellanum* III/2,1958, pp. 163-64.

<sup>39</sup> Es un tema que desborda totalmente el objetivo del presente trabajo, además no se trata de rebatir a nadie, simplemente señalo alguna obra que nos puede ayudar a clarificar algunos conceptos: J. G. Atienza, *Leyendas del Camino de Santiago. La Ruta Jacobea a través de sus ritos, mitos y leyendas*, Madrid 1999; J. Cobreros, *camino de Santiago, geografía del Espíritu*, Barcelona 2004; una aproximación asequible y equilibrada es la de C. García Costoya, *El misterio del Apóstol Santiago. Mito y realidad del enigma Jacobeo*, Barcelona 2004.

<sup>40</sup> Para una lectura en clave histórica teológica y espiritual, remito a la obra de J. Barrio Barrio, *Peregrinar en Espíritu y en Verdad. Escritos Jacobeos*, Santiago de Compostela 2004, especialmente las pp. 223-246.

pesar de la abundancia de testimonios de peregrinos, no hay noticia de su sepulcro ni de un culto localizado, al menos un culto duradero, como la hay del Sepulcro del Señor, del sepulcro de Santiago el primer obispo de Jerusalén, del atribuido por algunos a Santa María, y más tarde del de San Esteban<sup>41</sup>.

En cambio la citada difusión de reliquias de Santiago el Mayor coincide en el tiempo con los testimonios que dan como lugar de su sepultura a Arca Marmórica. Lo cual supone una traslación del cuerpo fuera de Palestina. Los testimonios, aunque tardíos, sobre el lugar de sepultura de Santiago van unidos a la afirmación sobre el lugar de su predicación, y éste es España y la extremidad occidental. Por tanto, aplicando el criterio de San Jerónimo, ahí se localizaría Arca Marmórica como foco de culto y difusión de reliquias en torno al siglo VII<sup>42</sup>.

Hay un hecho curioso, y es que en Galicia, extremo occidental de España, surge en el siglo IX el gran culto al cuerpo de Santiago, que pervive hasta nuestros días. Y el lugar del sepulcro se llamaba en los siglos IX al XI Arcis marmoricis o simplemente Archis (=Arkis). ¿Podría ser el mismo topónimo mencionado en el siglo VII?

Con independencia del topónimo, hay un hecho revelador, que es la clave de esta historia. Ya antes del hallazgo en Compostela la Tumba de Santiago estaba localizada; los portadores de reliquias, que dieron lugar a la dedicación de iglesias en distintos lugares, sabían de donde las llevaban, bien de Palestina, bien de «Arca Marmórica». La memoria de un lugar así, foco de culto, no se desvanece fácilmente. Si la localización posterior de Compostela, lejano rincón gallego, contradijese a la antigua, tendría que haber reacción contra tal «novedad». Y ni Palestina ni otro lugar reaccionaron contra la pretensión Compostelana. La razón será que no era una «novedad»; que así como se había aceptado la traslación de Palestina a Arca Marmórica, se aceptaba el traslado a Compostela, o bien se reconocía que Compostela era la misma Arca Marmórica<sup>43</sup>.

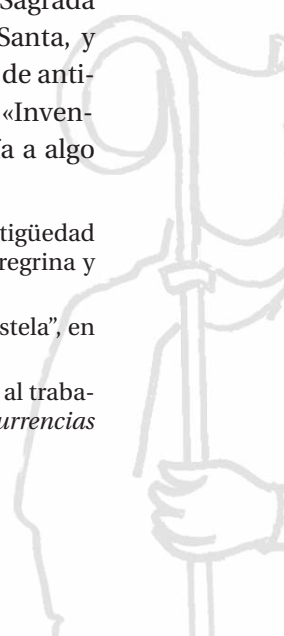
Los clérigos y fieles de Galicia, como los de toda la Iglesia, leían en la Sagrada Escritura<sup>44</sup> donde había muerto el protomártir de los Apóstoles, Tierra Santa, y tenían que pensar que allí estaría sepultado. Realmente, si no se conociese de antiguo el hecho de un traslado y de un culto, todo resultaría ininteligible en la «Invencción» o descubrimiento del siglo IX: la identificación con Santiago, llevaría a algo

<sup>41</sup> Cf., el trabajo de E. Lamirande, "La peregrina Egeria. Una gran señora de la antigüedad cristiana", en *Nova et Vetera*, 19, 1985, pp. 3-36; y el de A. Pascual, "Egeria (I). Peregrina y reportera del siglo IV", en *Ibíd...*, pp. 37-68.

<sup>42</sup> J. J. Cebrían Franco, "Los "relatos de la traslación del apóstol Santiago" a Compostela", en *Compostellanum*, 52, 2007, pp. 351-470.

<sup>43</sup> Como es obvio no este el lugar para una disquisición sobre este tema, remitimos al trabajo de Mons. José Guerra Campos, editado por J. J. Cebrían Franco, *Estudios y ocurrencias sobre la cuestión de Santiago en el siglo XX*, Santiago de Compostela 2004.

<sup>44</sup> Hch. 12, 2.



psicológicamente imposible: la no reacción de otros lugares ligados antiguamente al Apóstol; así como la aceptación universal y entusiasta del hecho.

Por tanto, quizá sea inexacto hablar de silencio sobre el culto en Compostela antes del siglo noveno. El lugar de que hablan los documentos extra-Compostelanos del siglo VII (Arca Marmórica) puede ser el mismo de que hablan los documentos Compostelanos del siglo IX, que sitúan el culto en Archis Marmoricis. Confluyen ahí cinco pistas: un culto sepulcral que emerge como continuación o reanudación de uno anterior, la falta de reacción del “lugar del sepulcro”, cuya existencia en alguna parte se trasluce en la difusión de reliquias, la correlación geográfica de las dos noticias «Predicación en España” y “Sepultura en Arca Marmórica”, la toponimia de los lugares y los indicios de culto observados en el mismo lugar de Compostela.

### 3.3. Indicios de culto antiguo en el mismo lugar de Compostela

Los datos arqueológicos, que mostraba en la hora del descubrimiento el monumento sepulcral, abonan la preexistencia del culto que luego renace en el siglo IX. No sólo por la antigüedad del mausoleo, sino por los indicios materiales de un culto implantado en él. En primer término, el famoso *altare parvum*, que los hombres del siglo IX respetaron porque lo tenían como obra de los Discípulos del Apóstol, lo que significa que lo encontraron en su sitio como algo perteneciente a la antigüedad. Era signo evidente de un culto anterior al hallazgo del siglo IX. Los hombres de este siglo y siguientes, que hicieron y renovaron varios altares, no se atrevieron a remover éste y lo mantuvieron intacto mientras se sucedían, durante los siglos IX, X, XI, y XII, cuatro construcciones de basílicas.

Otro indicio de culto en la antigüedad es que, mientras otras estructuras antiguas en el área de la catedral van pereciendo a lo largo de los siglos, el mausoleo permanece y recibe adaptaciones decorativas en fases posteriores. El que piense que las numerosas tumbas del área catedralicia están puestas intencionalmente “ad Sanctus”, añadirá, dada la edad de las necrópolis, otro vestigio de arcaísmo para el culto sepulcral<sup>45</sup>.

En la primera mitad del siglo IX emerge ante nosotros en Galicia, en el lugar de Archis, un culto intenso y creciente al cuerpo de Santiago. Lo registran Floro de Lyon, en la segunda redacción de su Martirologio, y la serie de Martirologios latinos que se editan en los siglos IX y X: «Los sagrados huesos de este santísimo Após-

<sup>45</sup> De la amplia bibliografía sobre el tema me remito a la monografía de J. Guerra Campos, *Exploraciones arqueológicas en torno al sepulcro del Apóstol*, Santiago de Compostela, 1983.

tol, trasladados a las Españas y depositados en su extremo confín, a saber, frente al Mar Británico, son honrados con celeberrima veneración por aquellas gentes». Atestiguan el culto los copiosísimos documentos hispanos de los siglos IX al XI, las continuas donaciones de los Reyes al santuario, que engrandecen por razón de la Sepultura Apostólica; documentos episcopales; documentos referentes a las construcciones de las sucesivas basílicas; los relatos de traslación, en cuanto testimonios del culto contemporáneo, etc. El lugar de Santiago se convierte en título de honor de los Obispos de Iria que pasan a residir en él. Además del clero “diocesano”, se asocian al culto de Santiago, como en los grandes santuarios, varias comunidades monásticas: la de Antealtares, la Corticela-San Martín Pinarío.

En el origen de este culto extraordinario hubo un descubrimiento y una identificación del cuerpo de Santiago que movió al obispo de Iria, Teodomiro, a trasladarse junto al nuevo santuario. Las excavaciones de 1956 han confirmado los viejos y discutidos relatos, devolviéndonos el epígrafe sepulcral del obispo Teodomiro, muerto el año 847.

No conocemos bastante las circunstancias del descubrimiento. Quisiéramos saber con precisión si fue un descubrimiento inesperado y total, o bien la salida a la luz de algo más o menos conocido. ¿Cuál es el enlace entre el culto antiguo y su renacimiento en el siglo IX? ¿Qué peso tiene el hecho de la presión musulmana en el fenómeno jacobeo como baluarte y defensa de los reinos cristianos de Europa?

Como dice la Bula *Deus Omnipotens* “el recuerdo de la santa Reliquia” no se había borrado<sup>46</sup>. Y la permanencia del recuerdo bastaría para explicar cómo los que encontraron el Sepulcro, sabedores de que estaba en la comarca aunque desconociesen el lugar exacto, pudieron identificar los huesos y atribuirlos sin vacilación al Apóstol Santiago, aparte de que el recinto funerario tuviese algún signo orientador.

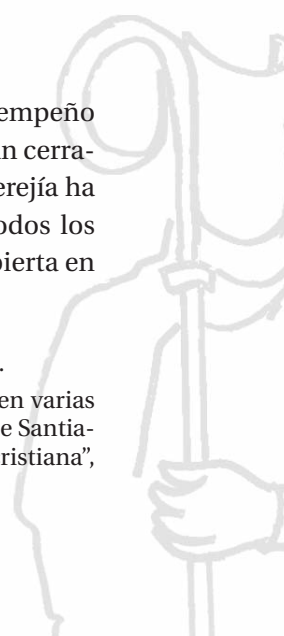
La verdad es que, este hecho, está dando lugar al nacimiento de una nueva conciencia de Europa bajo el signo de la fe cristiana<sup>47</sup>.

### 3.4. El por qué de la peregrinación jacobea

La situación de la Iglesia Europea en el siglo VIII es la que determina el empeño de peregrinar a Santiago. Cuando el nacimiento y la expansión del Islam han cerrado el camino a los Santos Lugares en los que se operó la Redención, y la herejía ha infeccionado a la Iglesia toledana con otros obispos como seguidores, todos los cristianos de Europa vuelven sus ojos a la vieja tumba apostólica, redescubierta en

<sup>46</sup> J. Guerra Campos, *La Bula Deus Omnipotens*, Santiago de Compostela 1985, n. 5.

<sup>47</sup> Este ha sido un tema puesto especialmente de relieve por el Papa Juan Pablo II en varias intervenciones, pero, de forma especial en su *Discurso europeísta* en la catedral de Santiago el 9 de noviembre de 1982. Cf., E. Romero Pose, “El nacimiento de la Europa cristiana”, en *Cristianismo y Europa ante el tercer milenio*, Salamanca 1998, pp. 13-33.



el *finisterrae* galaico, como un gran movimiento de adhesión a la herencia de la fe católica<sup>48</sup>. El Arzobispo de Toledo se acerca a los musulmanes al resucitar el adopcionismo, la doctrina herética de Nestorio, a través de la cual Mahoma conoció el cristianismo, según la cual Jesús es sólo un hombre que fue adoptado por Dios. El beato de Liébana, próximo a Alfonso II, dice que el Arzobispo «ha salido del mismo Satanás» y arguye en su contra la herencia de los apóstoles. Por ello resultan absurdas las teorías que afirman que el Camino es en realidad resultado de un culto solar, que es el *Finisterrae* pagano, que quien está enterrado en Santiago es realmente el hereje Prisciliano. Ni Herodoto, ni Plinio, ni César ni nadie hablan de un camino pagano previo. El obispo Teodomiro dio noticia del descubrimiento del sepulcro al rey Alfonso II. La cuestión es si se creían perdidos esos restos durante siglos. La catedral está sobre un cementerio que va del siglo I al VII. Tal cementerio indica que existió una ciudad y que la gente supo en su momento de quién era el enorme y precioso mausoleo que se encuentra en ese cementerio.

Así, pues, Santiago de Compostela está encuadrada en una milenaria tradición como meta mundial de los peregrinos que se encaminaban al sepulcro de Santiago, Apóstol y amigo del Señor<sup>49</sup>. Sus orígenes remontan a la época prerromana con el asentamiento denominado *Lovio*, localizado en el interfluvio de los ríos Sar y Sarela, donde parece ser se ubicaba un lugar sagrado de culto. En el siglo I d. C. se asienta una guarnición romana, que con el tiempo va adquiriendo mayor importancia al poseer un recinto fortificado. A lo largo del siglo IV fue decayendo la influencia romana, llegando al abandono del asentamiento con la caída del Imperio.

El culto sepulcral a Santiago el Mayor atestiguado en los Martirologios de Floro y de Adán (840-860), de Lyon, los cuales suponían un *locus Apostolicus*, las noticias de Dídimo el Ciego de Alejandría (310-398), san Jerónimo (348-420), Teodoreto (393-457), san Hilario de Poitiers (310-368), san Efrén (+373) y Eusebio de Cesarea (+339), de las que se hace eco el *Breviarium Apostolorum* (siglo VI-VII) y el *De ortu et obitu Patrum*<sup>50</sup>, son hitos de una tradición, generalizada tanto en Occidente como en Oriente, de la existencia de un culto al primer Apóstol mártir en el noroeste hispánico. Este convencimiento en el marco de uno de los siglos más oscuros de nuestra historia, el siglo VIII, es testimoniado, entre otros, por el himno litúrgico *O Dei Verbum*, por san Beda, en Inglaterra<sup>51</sup>, y por san Beato de Liébana en una de las obras que más influjo ejerció a lo largo de toda la Edad Media, el *Comentario al Apocalipsis*<sup>52</sup>.

<sup>48</sup> CEE, *Jubileo Compostelano 2004. Libro del Peregrino*, Madrid 2004, p. 102.

<sup>49</sup> Vid. S. Moralejo Álvarez, "Le lieu Saint: le tombeau e les basiliques medievales", en *Santiago de Compostela. 1000 ans de pèlerinage Européen*, Gante 1985, pp.41-52.

<sup>50</sup> Migne, PL 83, 151, 154

<sup>51</sup> *Ibid.* 94, 545

<sup>52</sup> Sancti Beati a Liébana, *Commentarius in Apocalysin* 1, Roma 1985, p. 192.

Mientras, en el siglo VIII, se encendía en Oriente la polémica iconoclasta, en Occidente el Concilio de Frankfurt se pronunciaba en contra del adopcionismo patrocinado por Elipando de Toledo, que corría el riesgo de reducir el cristianismo a una desvaída ideología sincretístico-cultural en connivencia con el Islam y la Sinagoga. Luego, en los umbrales del siglo IX, la Iglesia iba a vivir un período de grandes controversias teológicas, sobre todo en torno a la Eucaristía (Pascasio Radberto, Rábano Mauro, Gotescalco, Ratrammo) y a la predestinación (Incmaro de Reims, Juan Escoto, Prudencio de Troyes, Floro de Lyon). Se hacía sentir la necesidad –dentro y fuera de la marca hispánica– de la búsqueda y encuentro con las raíces apostólicas, única garantía de la Traditio católica.

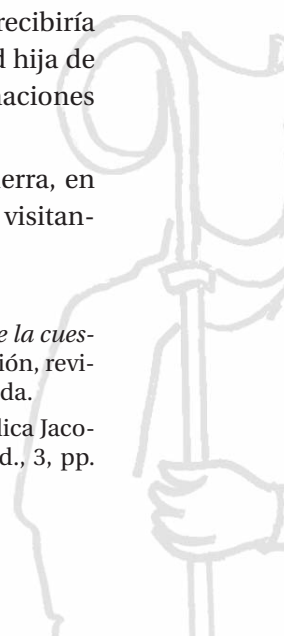
Es entonces, en la primera mitad del siglo IX, cuando el obispo de Iria Flavia, Teodomiro (+847), redescubre, cual nueva *inventio*, el Cuerpo del Apóstol Santiago, en el lugar que posteriormente, en los siglos X-XI, comenzaría a denominarse Compostela. Teodomiro, cuya lauda e inscripción sepulcral revalidaron la fiabilidad histórica de las fuentes documentales medievales, no haría más que desencadenar e impulsar todo un proceso religioso-cultural latente en la memoria y testimonios anteriores, y encontrar los apoyos necesarios –episcopales, monásticos y reales– para el pacífico traslado de la sede episcopal desde Iria al *locus apostolicus*, a Compostela<sup>53</sup>.

A raíz del descubrimiento y en torno a la tumba apostólica, que pronto se va a considerar como uno de los lugares más santos del orbe cristiano, se edifican las iglesias de Alfonso II y la de Alfonso III (siglo IX); para pasar al período en que san Rosendo regirá la Sede Apostólica y aquí dejará su impronta<sup>54</sup>; y que luego se reconstruirá bajo el pontificado de san Pedro de Mezonzo, a fines del siglo X, después de la invasión de Almanzor y, finalmente, la actual basílica románica en los siglos XI y XII, iniciada por Diego Peláez y terminada por Diego Gelmírez. Y, con las iglesias, se origina el núcleo urbano como cofre que guardaba y defendía el mausoleo. En *Arcis marmoricis, Locus Sancti Iacobi* –que, a partir del siglo XII, recibiría la denominación de Compostela–, el sepulcro jacobeo da lugar a la ciudad hija de su culto, y se convierte en santuario de una de las tres grandes peregrinaciones medievales: la peregrinación a Santiago de Compostela.

“Afluían muchedumbres de peregrinos de casi todas las partes de la tierra, en tanto número que, justamente, se puede comparar a las grandes masas de visitan-

<sup>53</sup> Vid. La síntesis más autorizada en J. Guerra Campos, *Estudios y ocurrencias sobre la cuestión de Santiago en el siglo XX* (Santiago de Compostela 2004) prólogo, introducción, revisión y notas de J. J. Cebrián Franco, con la amplia y actual bibliografía allí utilizada.

<sup>54</sup> Cf., el documentado trabajo de A. Barral Iglesias, “Sanctus Rudesindus.1. La basílica Jacobea bajo la mirada santa de Rosendo”, en *Rudesindus 2*, 2007, pp. 85-133, e *Ibíd.*, 3, pp. 173- 185.



tes de los Santos Lugares de Palestina y de las basílicas de los Santos Apóstoles Pedro y Pablo»<sup>55</sup>.

Santiago deviene así meta privilegiada de peregrinación y punto final de convergencia de los Caminos de la incipiente Europa y, al mismo tiempo, el peregrino jacobeo se va revelando, paulatinamente, desde los inicios del siglo IX, y especialmente en los siglos XI y XII, como la mejor de las imágenes del hombre y del creyente europeos. El Camino de Santiago surge como un Camino de la conciencia cristiana hecho desde la fe y con fe. Mas allá de los fenómenos típicos de la segunda época feudal y de las mutaciones sociales y jurídicas, el Camino hasta la tumba de Santiago expresa el profundo desarrollo de la religiosidad y piedad populares, en la cristiandad medieval, manteniendo siempre intactas las rectas concepciones Cristológicas, superando las desviaciones de sesgo arriano, y acentuando la dimensión mariana, que alcanza su máximo esplendor con san Bernardo y san Francisco de Asís. Los que peregrinan a Compostela caminan a un lugar santo, que garantiza la recta expresión de la fe y piedad de la Iglesia. Peregrinar a Santiago se convierte en una forma especial de devoción cristiana con un significado y organización propios: se peregrina voluntariamente, con espíritu eminentemente penitencial, para cumplir un voto o pedir una gracia; o se peregrina obligatoriamente, en cumplimiento de una penitencia impuesta, o para expiar una pena; de forma privada o pública, individual o colectiva, vicaria o propia.

El significado profundo de la atracción de Santiago, su irradiación espiritual, salta a la vista con el solo elenco de algunos santos peregrinos: san Evermaro de Frigia (siglo IX), san Simeón de Armenia (X), san Teobaldo de Alemania (X), san Genadio de Astorga (X), san Guillermo de Vercelli (XI), san Pelayo de Arlanza (XI), san Adelmo (XI), san Juan de Ortega (XII), santa Paulina (XII), santa Matilde de Inglaterra y Alemania (XII), san Morando, santa Bona de Pisa, san Alberto, san Francisco de Asís (XIII), santo Domingo de Guzmán (XIII), san Amaro (XIII), san Franco de Siena (XIII), san Geraldo de Colonia (XIII), san Fernando Rey (XIII), Beato Raimundo Lulio (XIII), Beato Ángel de Gualdo, santa Brígida de Suecia (XIV), santa Isabel de Portugal (XIV), san Bernardino de Siena (XV), san Vicente Ferrer (XV), santos Juan de Dios y Toribio de Mogrovejo (XVI), etc...

Su significado eclesial queda patente en las gracias otorgadas por los Romanos Pontífices a la peregrinación a Santiago, especialmente la gracia del Jubileo del Año Santo –el Año de la Gran Perdonanza–, establecido definitivamente por la Bula *Regis Aeterni*, de Alejandro III, en el año 1179. Desde el primer peregrino del que tenemos constancia, Godescalco, obispo de Le Puy (951), hasta los siglos de oro de Compostela, los siglos XII y XIII, no dejará de crecer la peregrinación a Santiago; «es

---

<sup>55</sup> J. Guerra Campos, *La Bula Deus Omnipotens*, Santiago de Compostela 1985, n. 9



tan grande la multitud de peregrinos que van a Compostela y de los que vuelven, que apenas queda libre la calzada hacia Occidente»<sup>56</sup>.

En la peregrinación, movida y alimentada sustancialmente por la experiencia religiosa, por la vivencia de la fe cristiana, intervendrán pronto y necesariamente factores socioeconómicos, culturales y políticos que contribuirán a crear esa obra de la historia cristiana –esa síntesis maravillosa de fe y amor, de civilización y de humanidad, de cultura y arte que es el Camino de Santiago.

La historia de la Peregrinación y del Camino de Santiago, extraordinariamente sensible a la evolución de los grandes acontecimientos que marcan la historia de la Iglesia y del mundo, registrará luego, desde los siglos del Medievo clásico hasta nuestros días, vicisitudes diversas<sup>57</sup>; pero ni en los momentos más críticos (Reforma Protestante; Revolución Francesa; las convulsiones hispánicas del siglo XIX) dejará de fluir el río de los peregrinos a Compostela, y en ningún momento dejará de estar presente el espíritu penitente y evangélico que les impulsa a venerar las reliquias apostólicas<sup>58</sup>.

El apogeo de Compostela quizás haya que situarlo ya en el siglo XII, aunque la abundancia de peregrinaciones proseguirá en los siglos XIII y XIV. Los peregrinos venían entonces de Francia, Italia, Europa Oriental y, sobre todo, de los Países Bajos, Inglaterra y Alemania<sup>59</sup>. A causa del gran número de peregrinos, puede decir el Códice Calixtino que la basílica compostelana no cerraba nunca sus puertas.

En la peregrinación a Santiago no son sólo importantes “los caminos” que nacen en Francia, sino todos “los caminos” de Europa, porque en todos ellos han dejado su impronta los peregrinos que buscaban aprender la ardiente lección de aquel Apóstol de Jesús. A Compostela se dirigían gentes de todas las condiciones: pobres que después se volverán felices; enfermos que volverán sanos; gentes de corazón hostil que encontrarán en seguida la paz; crueles que se volverán mansos; avaros transformados en generosos; testigos falsos que se convertirán en hombres justos y leales: “el que llega triste, vuelve contento”<sup>60</sup>.

El siglo XVIII conoce un pequeño auge de las peregrinaciones, que sin embargo caen en el XIX hasta llegar a convertirse en un hecho anecdótico. El día de Santia-

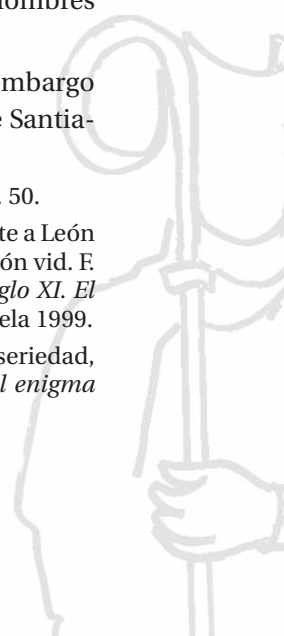
<sup>56</sup> Cf. *Historia Compostelana*, 2, ed. de M. SUÁREZ y J. CAMPELO, Santiago 1950, p. 50.

<sup>57</sup> Un paso importante en la configuración del hecho Jacobeo es el traslado de la corte a León y su proximidad a la gran ruta del Camino Francés. Para una primera aproximación vid. F. López Alsina (ed.) *El Papado, la Iglesia y la Basílica de Santiago a finales del siglo XI. El traslado de la Sede Episcopal de Iria a Compostela en 1095*, Santiago de Compostela 1999.

<sup>58</sup> Una obra de fácil lectura y claridad expositiva, que nos acerca estos temas con seriedad, es la de C. García Costoya, *El misterio del Apóstol Santiago. Mito y realidad del enigma Jacobeo*, Barcelona 2004.

<sup>59</sup> P. A. Sigal, *Pèllerinages*, col. 927-928

<sup>60</sup> A. López Ferreiro, *Historia de la S.A.M.I....*, vol. V, Santiago 1902, p. 97.



go de 1867 no sumaban 40 los peregrinos en Compostela. En 1878, el cardenal Payá y Rico emprende obras de reforma en el altar mayor. La noche del 28 de enero de 1879, tras perforar una bóveda, los trabajadores encuentran una urna con los esqueletos de tres varones. En 1884, el papa León XIII sanciona cuatro años de trabajos científicos con la bula *Deus Omnipotens*, en la que reconoce que los restos del Apóstol habían sido encontrados<sup>61</sup>.

La segunda edad dorada de la peregrinación a Santiago tendría que esperar a finales del siglo XX. Motivos religiosos, culturales, artísticos, turísticos y hasta deportivos, muy distintos a los que movieron a los caminantes del medievo, rescatan la Ruta Jacobea del ostracismo y encaminan a miles de peregrinos hacia Santiago de Compostela<sup>62</sup>.

A lo largo de la historia ha habido diversos tipos de peregrinos. Sabemos que los reyes Alfonso II el Casto y Fernando II *peregrinaron como penitentes*, buscando el perdón de los propios pecados y los de sus parientes. Otras personas *peregrinaban para redimir las propias penas*, fueran civiles o eclesiásticas. Hacían una peregrinación expiatoria. Inicialmente estos castigos se aplicaban al obispo reo de homicidio, al sacerdote que cometía pecados de lujuria, que violaba el secreto de la confesión o que cometía un hurto sacrílego<sup>63</sup>. En el año 1186, Federico I Barbarroja deja que el obispo decida si algunos incendiarios deben peregrinar al Salvador (Jerusalén) o a Santiago de Compostela<sup>64</sup>. Algunos debían hacer la peregrinación desnudos (o con vestidos blancos, si eran mujeres), y, a veces, con cadenas<sup>65</sup>. Había además peregrinos por comisión, y no faltaban tampoco falsos peregrinos<sup>66</sup>.

Para los católicos de España, la peregrinación a Santiago supondrá, además, acudir al lugar donde reposan los restos de aquel que les ha anunciado el Evangelio, les ha protegido en los momentos más decisivos de su historia, especialmente en la gesta de la Reconquista, y a quien veneran como Padre y Patrono de su fe y de su pueblo. Expresión secular de su devoción a Santiago será el Voto a Santiago, que ofrendarán sus reyes anualmente, en una tradición multisecular, ininterrumpida hasta el día de hoy.

La Bula *Deus Omnipotens*, de Su Santidad León XIII, de 1884, que anuncia al mundo católico el descubrimiento de las Reliquias Santas, ocultas desde finales del

<sup>61</sup> Cf. la obra exhaustiva de A. Pombo, *O Cardeal Don Miguel Payá y Rico, bispo de Cuenca, arcebispo de Santiago e Primado de España*, Santiago de Compostela 2009.

<sup>62</sup> J. Barrio Barrio, *Peregrinos por Gracia*, Santiago de Compostela 2002, pp. 33ss.

<sup>63</sup> L. Vázquez de Parga - J. M. Lacarra - J. Uría Ríu, *Las peregrinaciones...*, I, p. 156.

<sup>64</sup> L. Vázquez de Parga - J. M. Lacarra - J. Uría Ríu, *Las peregrinaciones...*, I, p. 157; cf., Fride-rici *Constitutiones* 1186, nº 318, c. 8, en *MG. Constit., t. I*, p. 450. Cit. per Van Cauwenbergh, *Les pèlerinages*, p. 9.

<sup>65</sup> Cf., L. Vázquez de Parga, *Las peregrinaciones...*, I, pp. 157-158.

<sup>66</sup> P. G. Cauci von Saucken, *Il cammino italiano a Compostella*, Perugia 1984, pp. 41-43.

siglo XVI, y su autenticidad, señalará el comienzo de una nueva era de la peregrinación a Santiago de Compostela, coronada por la Peregrinación de Su Santidad Juan Pablo II, con motivo de su primer viaje apostólico a España, el 9 de noviembre de 1982, Año Santo Compostelano<sup>67</sup>. Resumiendo podemos afirmar, sin temor a equivocarnos, que la tesis de fondo de la tradición jacobea y la arqueología testifican la concordancia de los datos aquí expuestos y que tan rigurosamente analizó Mons. Guerra Campos<sup>68</sup>.

Estos son, en resumen, los humildes orígenes de una meta de peregrinación que en algunos momentos de la historia se equiparó, e incluso superó, a las otras dos de Jerusalén y Roma. Compostela no ofrecía ni pasado ni presente<sup>69</sup>. Era un lugar perdido en los confines de Galicia, en el que apareció una tumba en una vieja necrópolis abandonada. Es cierto que sobre ella se va levantando, en el correr del tiempo, un santuario de singular belleza y ornato. Si embargo, no es menos cierto que hay otras metas de peregrinación iguales o parecidas en muchos lugares del Occidente. En suma, ¿qué puede atraer con esa fuerza y facilidad a los peregrinos y viajeros? La trayectoria del fenómeno jacobeo es sorprendente, si la examinamos en frío. De la nada y en la Alta Edad Media surge, por un lado, una sede episcopal, que no sólo se hace un lugar en una Galicia ya perfectamente organizada eclesiásticamente, sino que prevalece sobre la ya existente Iria, hasta sustituirla en 1095. Es decir, a partir del siglo IX y a lo largo del tiempo se fue formando una estructura única alrededor de la tumba del Apóstol, que estaba tanto al servicio del forastero, turista o peregrino como de las instituciones que representaron, promovieron y administraron la ciudad y el culto.

#### 4. El tema jacobeo como fuente de inspiración y significado actual para Galicia

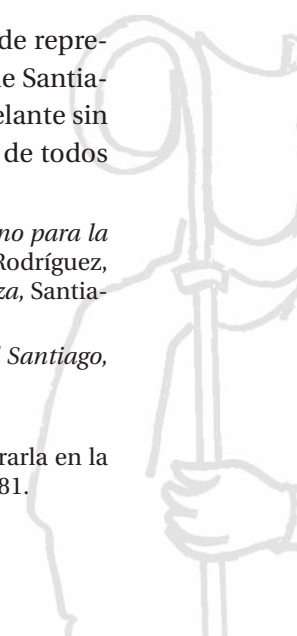
Por lo que respeta al tema jacobeo no encontramos en Galicia restos de representaciones fuera del culto oficial y de la obligatoriedad de la festividad de Santiago en las diversas diócesis gallegas<sup>70</sup>. Sin embargo, no podemos pasar adelante sin hacer mención al impacto que el tema Jacobeo ha tenido en la literatura de todos

<sup>67</sup> Carta de los Obispos del Camino de Santiago, *El Camino de Santiago un Camino para la peregrinación cristiana*, Santiago de Compostela 1988, Cf., asimismo, J. García Rodríguez, "A dimensión espiritual do Camiño de Santiago" en *Europa. Profecía e esperanza*, Santiago de Compostela 1996, pp. 32-49.

<sup>68</sup> J. Guerra Campos, *Exploraciones arqueológicas en torno al sepulcro del Apóstol Santiago*, Santiago de Compostela 1983.

<sup>69</sup> *Historia Compostelana*, pp. 21s.

<sup>70</sup> La normativa sinodal, en cada una de las diócesis de Galicia, podemos encontrarla en la obra dirigida por A. García y García, *Synodicon Hispanum. 1 Galicia*, Madrid 1981.



los tiempos. En el Camino de Santiago los 22 milagros del *Liber Sancti Jacobi*. El milagro apostólico aparece en Berceo, algunas *Cantigas* de Alfonso X el Sabio y en los versos de los romances y cantares de gesta. De aquí pasa a la literatura europea y es tema recurrente en el descubrimiento y posterior evangelización de América<sup>71</sup>. En América existen las más diversas tradiciones y representaciones acerca de las distintas advocaciones de Santiago; así la tradición boliviana de llevar al “Señor Santiago” a oír misa en el día de su festividad, llevando pequeñas imágenes del Apóstol que son colocadas delante del presbiterio<sup>72</sup>.

Los autos sacramentales eran una modalidad de teatro eclesiástico de la Edad Media. Instruían al pueblo, representando el dogma por medio del teatro, haciendo más inteligibles las verdades de fe. No es este el momento de adentrarme en esta apasionante temática. Merece la pena citar actualmente, por lo que respeta al tema jacobeo, la obra de la parroquia de Santiago de San Sebastián (Guipúzcoa)<sup>73</sup>. Iniciativa verdaderamente modélica en su contenido y forma como un instrumento plenamente válido desde el punto de vista pastoral. Podemos decir que Santiago es uno de los motivos que más han contribuido a los métodos pedagógicos para anunciar la fe a las gentes de todos los tiempos. Junto a la predicación, sabemos hoy, estaban la imagen, el teatro y los libros miniados como cauces para la exposición de la fe cristiana. Los caminos de Compostela representan un alto testimonio del buen hacer todos los estamentos sociales implicados en la peregrinación<sup>74</sup>.

Galicia tal como la describe el *Codex Calixtinus* es una realidad sumamente atrayente para el peregrino: “Viene luego la tierra de los gallegos, pasados los confines de León y los puertos de los montes Irago y Cebrero. Es una tierra frondosa, con ríos, prados, de extraordinarios vergeles, buenos frutos y clarísimas fuentes; pero escasa en ciudades, villas y tierras de labor. Es escasa en pan, trigo y vino, pero abundante en pan de centeno y sidra, bien abastecida en ganados y caballerías, en leche y miel, y en pescados de mar, grandes y pequeños; rica en oro, plata, telas, en pieles salvajes y otras riquezas, y hasta muy abundante en valiosas mercancías sarracénicas. Los gallegos son el pueblo que, entre los demás pueblos incultos de España, más se asemejan a nuestra nación gala, si no fuera porque son muy iracun-

<sup>71</sup> B. Varela Jácome, “Dramatización de temas jacobeos”, en *Compostellanum* 10 (1965) 195-212. *Ibid.*, “La temática Jacobea en las Gestas y el Romancero”, en *Compostellanum* 10 (1965) 775-804.

<sup>72</sup> Un interesante trabajo sobre el tema es la obra de VVAA., *Santiago y América. Catálogo de la Exposición celebrada en Santiago de Compostela, marzo-mayo de 1993*, Santiago de Compostela 1993, vid. asimismo J. M. Díaz Fernández, *Santiago. Europa y América*, Madrid 1999.

<sup>73</sup> Grupo Escénico “Mundo Nuevo” de San Sebastián, *Santiago Boanerges” El Trueno*, texto policopiado que gentilmente me facilitó don Pablo García Azpillaga, gran amigo y apóstol de los Años Santos Compostelanos.

<sup>74</sup> B. Plongerón (dr.) *La religion populaire... o. cit. supra* p.85.

dos y litigiosos”<sup>75</sup>. No podemos tomar en serio, en el día de hoy, todos estos apelativos, pero sí sigue siendo válida la intuición de aquel autor del siglo XII, que deja en mucho mejor lugar a Galicia y los gallegos que a otras regiones por donde pasa el Camino.

Galicia, con su centro en la ciudad de Santiago, como comunidad y guardián de uno de los tesoros más preciados del orbe cristiano, se convirtió en meta de peregrinos, encuentro de corrientes espirituales, de tendencias artísticas, económicas y sociales, que llegaban a ella a través de una tupida y densa red de caminos, tantos como los puntos de partida de los peregrinos. De esta forma, la peregrinación a Santiago fue uno de los fuertes elementos que favorecieron la comprensión mutua de pueblos europeos tan diferentes como los latinos, los germanos, celtas, anglosajones y eslavos. La peregrinación acercaba, relacionaba y unía entre sí a aquellas gentes que, siglo tras siglo, convencidas por la predicación de los testigos de Cristo, abrazaban el Evangelio y contemporáneamente, se puede afirmar, surgían como pueblos y naciones. No cabe duda que, desde la comprensión histórica del camino, podemos analizar el fenómeno presente y proyectar el futuro de la fe y de la sociedad gallega desde un horizonte amplio y apasionante. El florecimiento, en todos los aspectos, del hecho Jacobeo es motivo de esperanza para los cristianos y los hombres de buena voluntad que creen en el futuro fraterno de los pueblos<sup>76</sup>.

La fundamentación teológica de estas realidades eclesiales nos remonta al origen y sentido mismo de nuestra fe cristiana. El núcleo del mensaje de la religión judeo-cristiana es la presencia de Dios en la historia. No obstante, el Dios judeo-cristiano no es una deidad mitológica que se mezcle alegremente con los hombres en la historia. Está más allá del hombre, tan infinitamente más allá del alcance del hombre, que es necesario que se abran los cielos para que Él se haga humanamente accesible. Pocos son los hombres a los que se ha concedido alguna vez tal apertura. Dios está infinitamente por encima de todo lo humano. Pese a todo, la Sagrada Escritura insiste en que no son mensajeros, ni ángeles, ni intermediarios, sino que es Dios mismo quien actúa en la historia humana, y en que Él se hizo inequívocamente presente a todo un pueblo.

Fueron los hebreos los primeros en dar a la historia valor de epifanía de Dios. Por primera vez se realiza en Israel el encuentro de la revelación con la historia. Fuera de Israel no se encuentra la idea, sólidamente arraigada, de una sucesión de acontecimientos temporales que abarcan el pasado, el presente y el futuro, y que se desarrollan según una dirección y finalidad determinadas. Los antiguos pueblos politeístas atienden sobre todo a la naturaleza. El hombre, atento al ritmo de los

<sup>75</sup> *Codex Calixtinus*, Lib. 5, cap. 7.

<sup>76</sup> Cfr., la obra de Mons. Julián Barrio Barrio, *Peregrinar en Espíritu y en Verdad. Escritos Jacobeos*, Santiago de Compostela 2004.

astros y de las estaciones (ritmo de nacimiento y muerte), busca su seguridad integrándose en ese ritmo y en su repetición anual. El helenismo, en general, es prisionero de su concepción cíclica de las cosas. Para escapar al ciclo total que arrastra incluso a los dioses mismos, hay que liberarse del tiempo. Para los griegos la salvación no puede venir de un acontecimiento de la historia.

Israel fue el primero en romper el círculo fatídico de las estaciones del mundo antiguo; rompió con el cambio, que no es sino perpetuo re-comienzo. Para Israel el tiempo es lineal: tiene un principio y un fin. La salvación se realiza en la historia temporal: está vinculada a una sucesión de acontecimientos que se desarrollan según un designio divino y que se dirigen hacia un hecho único, la muerte y resurrección de Cristo. Ciertamente Israel vive en la naturaleza, pero su atención está centrada en la historia. Lo importante no es tanto el ciclo anual en el que todo re-comienza, cuanto lo que Dios hace, hizo y hará según sus promesas. Promesa y realización constituyen el dinamismo del tiempo que tiene una triple dimensión. El presente inicia el futuro anunciado y prometido en el pasado. Las fiestas anuales (la de pascua en primavera, la de los tabernáculos en el otoño), más que actos del drama cíclico de la naturaleza, son la memoria de los hechos salvíficos de Dios.

Israel rompió con la concepción cíclica del tiempo, porque encontró a Dios en la historia. Israel confiesa que Dios intervino en su historia, que este encuentro tuvo lugar un día y que cambió por completo su existencia. Su Dios no está inmerso en la naturaleza: es una persona viva, soberanamente libre, que interviene donde interviene la libertad, los acontecimientos. La esencia de la fe de Israel en Dios está, pues, en su concepción del Dios vivo que se revela en la historia.

Esta concepción de una revelación en la historia tiene un doble efecto. Por un lado, valora ante todo el peregrinar diario. Si Dios interviene en la historia para manifestar en ella su voluntad, los acontecimientos adquieren una dimensión nueva: se convierten en los portadores de las intenciones de Dios, dan a la historia un sentido, una dirección. Por otro, la idea de una revelación en la historia da también a la revelación un carácter intenso de actualización. Dios es aquel que puede intervenir en cada instante y puede cambiar el rumbo de los acontecimientos: está cerca, está ahí, imprevisible en sus intervenciones y en sus efectos. Hay que esperar siempre su venida. No podemos predecir las intervenciones de Dios en la historia. Todo depende de su libre voluntad. Nada divino puede exigir que Dios intervenga en este momento y no en el otro, más a menudo o menos. Y nada humano puede exigir que Dios se dirija al hombre.

Según O. Cullmann, “la historia de la salvación propiamente dicha no la forman todas las partes de la línea continua del tiempo, sino los *kairoi*, momentos concretos en el transcurso del tiempo”<sup>77</sup>. Las intervenciones de Dios son en la historia

---

<sup>77</sup> Cf. O. Cullmann, *Christ et le temps*, Neuchâtel, 1957, p. 28.

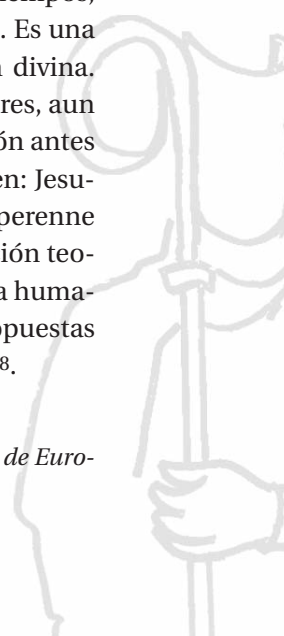
universal como brotes de lo divino en el tiempo. Mas no son puntos aislados, sin relación alguna, sino íntimamente coherentes. Desde Abraham hasta Jesucristo se va trazando una línea, va apareciendo paulatinamente el plan divino, la economía de la salvación. Y cada una de las intervenciones no se pueden comprender sino como parte de toda la economía de la salvación. El plan salvífico, limitado en el principio a Israel, adquiere luego proporciones mayores, la de la humanidad, y, por fin, Dios quiere que los hombres de todos los tiempos entren a formar parte de la Iglesia.

La salvación se lleva a cabo por la historia, pero no por la historia sola, sino con la interpretación de la palabra. Es como un conjunto de acontecimientos significativos de Dios y de su designio salvífico. De esto se colige que la salvación es a la par historia y doctrina. Es doctrina acerca de Dios, pero doctrina elaborada a partir de las acciones de Dios en la historia. En definitiva, la salvación en el Antiguo y Nuevo Testamento nos llega en y por la historia, porque la palabra de Dios es esencialmente una palabra eficaz, siempre activa.

Tal ejemplo en la historia debe darnos que pensar. ¿Por qué ha perdurado el pueblo judío con tal dignidad y fecundidad cultural pese a tanto dolor y genocidio? Hay una respuesta teológica: porque, siendo creyente, está llamado a ser el signo público, no borrable por los hombres, de la existencia y unicidad de Dios creador, iluminador y santificador del hombre, frente a los ídolos y tiranos que se divinizan a sí mismos.

En este sentido y siguiendo a O. González de Cardedal, se puede decir que “lo primero en el cristianismo no es una idea construida, sino un hecho acontecido; es una historia particular narrada en un relato fundante; es un hecho social resultante de la transmisión e interpretación de aquellos acontecimientos originarios como hechos divinos salvíficos por una comunidad que sigue viva hasta hoy. El cristianismo tiene su tiempo originante propio; no se pierde en la nebulosa de los tiempos; no es una cosmogonía –mito, ni una astrología –gnosis, ni magia o teurgia. Es una palabra humana que se autorreconoce y ‘autoatestigua’ como revelación divina. Hecho, por tanto, no sólo idea; palabra de Dios, y no sólo palabra de hombres, aun cuando lo sea en testimonio; generadora de gracia y experiencia de salvación antes que de exigencia moral o programa de acción. Un hombre está en el origen: Jesucristo, hijo de María y concebido por la acción del Espíritu Santo. Es tarea perenne identificarle con su particularidad antropológica, es un judío; en su condición teológica, es Dios encarnado; en su misión soteriológica, es Salvador de la vida humana, a la vez que diferenciarlo de otras figuras de humanidad, de otras propuestas religiosas y de todos los protagonistas de proyectos nacionales o raciales”<sup>78</sup>.

<sup>78</sup> Cf. O. González de Cardedal, *Educación y educadores. El primer problema moral de Europa*, Madrid 2004, pp. 223s.



Tras la muerte y resurrección de Jesús, que anulan su presencia física en la historia, surge la fe como adhesión a Jesús, reconociéndole Mesías, Señor e Hijo. De esta forma, nace una nueva forma de existencia (cristianismo) y de comunidad (iglesia). La Iglesia es, pues, una comunidad de memoria del Jesús que predicó el reino, una comunidad de celebración de la muerte y resurrección de Jesús, una comunidad de esperanza para el mundo al ofrecerle la salvación que Dios le ha otorgado en Cristo, una comunidad de testimonio, servicio y sacrificio ante el mundo y para el mundo y comunidad de relato y de reflexión que dice los hechos y las palabras del Señor siempre de nuevo. Por todo ello, se puede concluir que el “cristianismo es historia fundante e historia transmitida, revivida, interpretada. Es historia de Jesús, fundamento inicial de la fe y origen de una comunidad creyente, a la vez que la historia de esa comunidad: sus instituciones, sus hombres, su misión, su liturgia, sus santos y sus mártires, sus pecados y sus traiciones [...] La persona de Cristo está distendida hacia Dios, sin el cual no existe, y hacia la Iglesia, sin la cual no persiste”<sup>79</sup>.

El Evangelio y las diversas formas de cultura son proyectos de vida. Trasmiten experiencias diversas pero siempre complementarias. El “resplandor de Dios” no cabe plenamente en los “vasos de barro” de las propuestas humanas, ni se agota en su totalidad en las “lámparas culturales” de los pueblos. En esta perspectiva teológica hay que interpretar la peregrinación a Santiago; es decir, la realidad histórica de las peregrinaciones precisa del marco teológico para superar cualquier visión parcial de lo que es el hecho jacobeo.

Consecuentemente la historia del cristianismo y de cada una de las iglesias locales, como signo objetivo, público y normativo de la palabra y de la presencia de Cristo, pretende ser la narración de la presencia de Dios en la historia humana y la historia de la vida y actuación de los creyentes a lo largo de los últimos dos mil años. Huelga decir que nos encontramos ante tantas afirmaciones como interrogantes, deslumbrantes sucesos y desconcertantes actuaciones, generosidad y heroicidad entremezcladas con egoísmos y miserias. Por ello, el Año Jubilar Compostelano es año de perdonanza y mirada luminosa al futuro salvado de los hombres y mujeres de hoy.

## 5. Conclusión

La fe cristiana, auténticamente vivida, revela en toda su profundidad la dignidad de la persona y la sublimidad de su vocación<sup>80</sup>. Desde sus orígenes, el cristianismo se distingue por la inteligencia de la fe y la audacia de la razón. Son testigos

---

<sup>79</sup> *Ibid.*, 225

<sup>80</sup> Cf., *Redemptor hominis*, 10.



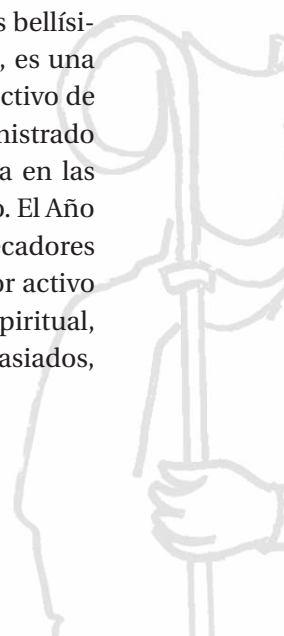
de ello los pioneros, como san Justino o San clemente de Alejandría, Orígenes y los Padres Capadocios. Este encuentro fecundo del Evangelio con las filosofías, hasta nuestros días, ha sido evocado por Juan Pablo II en su encíclica *Fides et Ratio*<sup>81</sup>. “El encuentro de la fe con las diversas culturas de hecho ha dado vida a una realidad nueva”<sup>82</sup>, *crea así una cultura original* en los contextos más diversos.

En estos momentos la conciencia de un pueblo de peregrinos hace que cobre una importancia de primera magnitud la institución o evento de los Años Santos, que por Santos son Jubilares. El Jôbel, instrumento musical, ayudaba, con su sonido, a orientarse para seguir hacia delante en el camino de la promesa. Era un sonido jubiloso que animaba los pasos lentos y cansados del peregrino y cuyo eco necesitamos percibir también en nuestro momento histórico. La finalidad del Año Jubilar era la conversión de costumbres con claras repercusiones sociales; hacer gustar el reposo del espíritu, la emancipación de todos los habitantes necesitados de liberación: “Declararéis santo el año cincuenta y proclamaréis en la tierra liberación para todos sus habitantes... cada uno recobrará su propiedad y cada cual regresará a su familia” (Lev 25, 10); buscar que la verdad refulgiese por encima de la mentira; y que no hubiera abuso en el cultivo de la tierra ni en el cultivo (cultura) del hombre. “El año jubilar debía devolver la igualdad entre todos los hijos de Israel” porque sólo a Dios corresponde el señorío sobre todo lo creado. Todo ello hacía que la institución Jubilar fuese una de las más bellas y logradas por el Israel de la Alianza, pues sólo es posible cuando hay una Alianza que la salvaguarda.

El Año Jubilar, con los ritmos biológico-temporales, era una especie de confesión de fe (credo) en el creador y en la creación, en la criatura en torno a la cual debía girar toda la creación visible y en la historia, favoreciendo la esperanza en el futuro. Los profetas bien sabían que el Año Santo resumía perfectamente todo lo que Israel debía recodar y hacer. Era una actitud ética que nacía de una palabra escuchada en la historia. Era el Año del señorío del Señor, el Año de la Gran Perdonaanza y de la misericordia. A este respecto me parece oportuno recodar las bellísimas y actuales páginas de Papini sobre el Jubileo. “El Año Santo, escribía, es una donación extraordinaria a los pecadores que piden limosna del tesoro colectivo de gracias constituido por los excedentes de la santidad de los santos y administrado por el Papa. Es inútil hacer tantos preparativos para el Año Santo si falta en las almas la esencial premisa que fue y es su razón de ser: el sentido del pecado. El Año Santo presupone el sentido y el dolor del pecado; es peregrinación de pecadores conscientes; es un extraordinario ofrecimiento de perdón, es decir de amor activo en nombre del Amor eterno. Es un acontecimiento religioso, es decir espiritual, nacido de la fe y justificado por el arrepentimiento, mientras muchos, demasiados,

<sup>81</sup> Cf., *Fides et Ratio*, 36-48.

<sup>82</sup> *Ibid.*, 70.



actúan como si fuese una estación turística, un pretexto para viajar cómodamente y sin gran gasto, una especie de feria mundial regocijada por las distracciones de los peregrinos y por las ganancias de los hospederos”<sup>83</sup>.

El Nuevo Testamento es la expresión por excelencia del Año Santo definitivo en el presente y en el anuncio del futuro escatológico. Es el tiempo de la Gloria de Dios en medio de nosotros. Acertadamente los Padres de la Iglesia denominaron a este tiempo como el tiempo final, los últimos y definitivos tiempos.

La historia de los ritos de peregrinación en las distintas religiones expresaría el anhelo de la humanidad de “buscar” y “encontrar a Dios”.

El N. T. recoge la espiritualidad del peregrino veterotestamentario, llevándola a su plenitud. Es en el tiempo del Verbo de Dios hecho carne y en El mismo, fuente y culminación de las verdades ya indicadas, donde descubrimos la grandeza de la vocación del hombre, la meta a donde ha sido llamado y la importancia de los tiempos en su peregrinar. En Cristo, Dios peregrino en medio de los hombres y con los hombres, se nos ilumina el ser y experiencia de todo hombre. Es “el Camino, la Verdad y la Vida, en quien los hombres encuentran la plenitud de la vida religiosa y en quien Dios ha reconciliado todas las cosas consigo”<sup>84</sup>. Cristo como peregrino en su dimensión teológico-trinitaria, es el Verbo que sale (*exitus*) del Padre para volver (*reditus*) al Padre; que, “existiendo en forma de Dios no reputó como botín codiciable ser igual a Dios, antes se anonadó tomando la forma de siervo y haciéndose semejante a los hombres” (Fil. 2,6-7) para conducirnos a la Meta (a Dios mismo). Dios mismo había previsto el camino del retorno seguro dándonos a su propio Hijo por camino... “El Cristo-Dios es la patria a donde vamos; el Cristo-hombre es el camino por donde vamos. Vamos a él y vamos por él. ¿Cómo temer extraviarnos?”<sup>85</sup>.

En lugar de un hablar de Dios a partir del hombre, se abre paso un hablar de Él a partir de su venir y peregrinar a nosotros. El viaje de Jesús de Nazaret a Jerusalén, es una peregrinación en la que se manifiesta esta realidad contrastada en la parábola del hijo pródigo: el que retorna y descubre en su camino cuál es su auténtica verdad y realidad; en la parábola del buen samaritano, y en la parábola de la oveja perdida y encontrada. etc.

En este contexto nos referimos al pasaje paradigmático del Evangelio que nos narra la ida de dos de los discípulos de Jesús: el viaje a la aldea de Emaús. A éstos se les presenta Cristo como peregrino que esclarece el significado de lo que ha acontecido en Jerusalén y ayuda a leer correctamente las Escrituras. No es extraño que tanto la literatura como el arte hayan valorado la dimensión del peregrino

<sup>83</sup> Cit. por J. Barrio Barrio en *Peregrinos por Gracia*.

<sup>84</sup> Concilio Vaticano II, NAE 2.

<sup>85</sup> González de Cardedal, *La entraña del cristianismo*, Salamanca 1997, p. 310.

Jesús con los suyos de Emaús. Jesús a los que huían les devuelve la memoria y la verdadera interpretación de la historia<sup>86</sup>.

Con este sencillo recorrido hemos querido apostar por la esperanza de que el Evangelio, hoy como ayer y siempre, es una oferta plenamente válida para el futuro de Europa. Para cada hombre y mujer de este tiempo que quieran dar razón de sí mismos ante los demás y ante la historia<sup>87</sup>.

---

<sup>86</sup> Cf. la carta Pastoral de J. Barrio Barrio para el Año Santo de 2010, *Peregrinos de la fe y testigos del resucitado*, Santiago de Compostela 2009.

<sup>87</sup> O. González de Cardenal, *Historia, Hombres, Dios* (Madrid 2005) especialmente el cap. III, titulado: "Europa y el Cristianismo. Reciprocidad de su destino en los siglos XX y XXI", pp. 85-116.

